

Capítulo 25

Las relaciones internacionales (1919-1939)

El final de la Primera Guerra Mundial y la firma de los tratados de paz en Versalles no dejaron a Europa en bonanza. Los vencedores del conflicto, especialmente Francia, estaban firmemente dispuestos a que se cumpliera todo lo establecido en Versalles; los vencidos, como Alemania, planteaban continuas quejas y problemas sobre los tratados de paz, al mismo tiempo que deseaban su revisión. Se trataba de uno de los conflictos permanentes en las relaciones internacionales a inicios de la década de 1920.

En la mayor parte de Europa se enfrentaron problemas similares después de 1919. La recuperación económica, más lenta de lo que se esperaba, generó graves preocupaciones políticas y sociales, las cuales se agudizaron por una preponderancia creciente de la clase obrera en la política de cada país, mediante la cual aspiraban a ciertas reivindicaciones, contando con la ventaja del temor que los gobiernos sentían hacia los *soviets* triunfantes.

El nuevo estilo de las relaciones internacionales

La Revolución Rusa sería uno de los problemas europeos más importantes en esos años: las naciones del centro y oeste de Europa vacilaron a la hora de situar política y estratégicamente a la Unión Soviética. Francia perdió un aliado de siempre, siendo así trastocado su equilibrio diplomático. Sin embargo, lo más grave se planteó a la hora de decidir si la Unión Soviética debía coparticipar o no en los organismos multilaterales europeos, viéndose finalmente apartada de éstos hasta 1934.

Otra de las consecuencias más visibles fue la crisis del sistema liberal, incapaz de solucionar las graves tensiones de cada país. Sólo las democracias más consolidadas y con una mayor tradición democrática y parlamentaria —Francia y Gran Bretaña— afrontaron con éxito la crisis, manteniendo, en lo esencial, el sistema anterior a la guerra. No obstante, una ola de dictaduras con Italia y, más tarde, con Alemania a la cabeza se extendió por diversas zonas europeas, haciendo frente a la crisis con métodos distintos a los de las democracias parlamentarias. La relevancia política de Europa se debilitaría, cediendo el paso a otras regiones, especialmente a las ubicadas en Estados Unidos y la Unión Soviética. Fue el inicio del auge de estas potencias, que sólo se reafirmaría con caracteres más específicos después de la Segunda Guerra Mundial.

En 1919 prácticamente todo el mundo occidental se había visto sacudido por una guerra de proporciones desconocidas hasta entonces. En los años siguientes se intentó sentar las bases para que un conflicto de tal envergadura no se repitiera.

Quien más claramente adoptó esa idea fue el presidente estadounidense, Thomas W. Wilson, quien en enero de 1918 leyó ante el Congreso norteamericano lo que luego pasaría a la historia como los “14 puntos de Wilson”.

Wilson consideraba sus puntos como una alternativa a la revolución socialista de los bolcheviques y como la base para una “revolución democrática mundial”.

La doctrina Wilson se hizo más famosa ya que propugnaba por “una Sociedad General de Naciones, que estableciera una seguridad mutua para la independencia política y la intangibilidad territorial, de las naciones grandes y de las pequeñas”.

La Sociedad de Naciones

Indudablemente, un supremo organismo que regulara las relaciones políticas y comerciales de las naciones con justicia y equidad hubiera resuelto los problemas que suelen traer las guerras internacionales. La imperiosa conciencia de la época para acabar con este tipo de conflictos fue un acicate para la buena recepción de esta idea, que una vez puesta en funcionamiento se declaró más imperfecta de lo que parecía. En abril de 1919, la asamblea en pleno de la Conferencia de Versalles aprobaba la creación y el reglamento de la Sociedad de Naciones, cuyos creadores eran los firmantes de los tratados de paz, es decir, los vencedores. Fue un mal comienzo para un proyecto que se definía como universalista y del que sólo formaban parte los vencedores de una guerra, y ni siquiera todos ellos, ya que Estados Unidos se mantuvo al margen.

A principios de 1920 la Sociedad de Naciones iniciaba sus tareas en Ginebra, donde se había fijado su sede. La organización demostraba claramente la preponderancia de los vencedores. El Consejo, órgano máximo, estaba formado por cuatro miembros permanentes: Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón, y por cuatro temporales, si bien iba variando el número de éstos según las circunstancias.

La reglamentación exigía que la Asamblea General se reuniera anualmente, teniendo cada delegado un voto. Tanto el Consejo como la Asamblea debían decidir sus acuerdos por unanimidad, salvo excepciones. Las partes en conflicto carecían de voto. Dos organismos dependían de la Sociedad de Naciones: el *Tribunal Internacional de La Haya* y la *Oficina Internacional del Trabajo*.

Precisamente una de las razones por las que el organismo no resultó efectivo fue la ausencia de las grandes potencias: Alemania ingresó tardíamente y abandonaría su sitio en 1933; la Unión Soviética sólo fue aceptada en 1934, y Estados Unidos no participó.

La falta de resultados se hizo notoria cuando la Sociedad de Naciones se vio impotente ante la invasión japonesa a Manchuria en 1931 y el ataque de Italia a Abisinia en 1935. Sin embargo, las protestas, al menos verbales, que se manifestaron en esas dos ocasiones, demostraron que las agresiones colonizadoras enfrentan una oposición democrática mundial. La Sociedad consiguió mantener, más o menos, el *status quo* de los vencedores durante la década de 1920, aunque en la siguiente, cuando las relaciones internacionales se volvían cada vez más tormentosas, sufrió un importante fracaso.

1919-1931. La estabilización

Las consecuencias del Tratado de Versalles

La rigidez de Francia en lo referente a sus relaciones con Alemania, la sutil negación de ésta a aceptar las cláusulas impuestas por los vencedores y la ambigüedad de Inglaterra al respecto fueron, quizá, los problemas europeos más característicos de esta primera etapa que duraría hasta 1924. La diplomacia francesa en este periodo se movilizó extraordinariamente para conseguir sus objetivos: por un lado, garantizar el pago de las deudas alemanas y el cumplimiento de las cláusulas de los tratados de paz con respecto a las anexiones territoriales, y, por otro, mantener su propia seguridad. Para ello intentó, además de las medidas tradi-

cionales —ejército fuerte, enfrentamiento con los gobiernos alemanes que no respetaran los tratados—, forzar a ciertos países europeos a una serie de alianzas. Sin embargo, Inglaterra no se mostró muy entusiasta con esta política, ya que si bien después de la guerra los ingleses adoptaron un fuerte sentimiento nacionalista y chauvinista, más tarde, presionada la opinión pública por los medios financieros —que no olvidaban que Alemania era un lugar interesante de exportación de mercancías y capitales— y los políticos —que no podían consentir una Europa dominada por Francia—, se vio obligada a tolerar una mayor flexibilidad en cuanto a las obligaciones de Alemania con los vencedores. Estados Unidos se mostró de acuerdo con esa política y Francia quedaría aislada.

La primera manifestación de esta contraposición en las políticas exteriores se dio en mayo de 1920, cuando un golpe de Estado reaccionario hizo que los obreros de la cuenca del Ruhr, que formaban parte de la zona desmilitarizada, estallaran una huelga general. Alemania, sin el consentimiento necesario de los aliados, envió a su ejército a esa zona. La respuesta francesa fue rapidísima, ocupando rápidamente tres ciudades. Inglaterra se opuso y en una reunión en San Remo se decidió la evacuación de todos los soldados franceses de las ciudades alemanas. El aislamiento de Francia era un hecho.

Entonces se dieron intentos de acercamiento entre las diplomacias francesa e inglesa, que terminaron en un fracaso. Francia no aceptó el financiamiento de las deudas alemanas contra las débiles promesas de seguridad inglesas (referidas sólo a su territorio, y no a las fronteras del este y a las zonas ocupadas en Alemania). Ni siquiera ante la amenaza de un acercamiento entre Alemania y la Unión Soviética —que por el Tratado de Rapallo llegaron a diversos acuerdos económicos (las dos naciones renunciaron a las indemnizaciones de guerra, adoptaron entre sí la cláusula de nación favorecida para los intercambios económicos, restablecieron las relaciones diplomáticas e incluyeron cláusulas militares secretas) y que representa la reincorporación a la vida diplomática internacional de Alemania— París y Londres llegaron a un acuerdo.

Varios acontecimientos militares hicieron posible un cambio de coyuntura durante 1923-1924. Francia, que seguía los dictados de Poincaré, en enero de 1923 ocupó la cuenca del Ruhr por falta de pago alemán de las indemnizaciones, y se vio obligada a retirarse por causas económicas. En efecto, ante la mala situación del franco, aceptó un crédito de un banco estadounidense, lleno de condiciones políticas como menor agresividad ante Alemania y, en concreto, la retirada progresiva del Ruhr.

La crisis económica producida por la guerra iba llegando a su fin, lo cual junto con el interés de Estados Unidos e Inglaterra, especialmente, en el restablecimiento económico de Alemania, por sus crecientes vínculos económicos y financieros, hizo que se activara un plan para que Alemania se recuperara y, al mismo tiempo, saldara sus deudas de guerra. Esto sería posible gracias, sobre todo, a la concesión de un crédito estadounidense a Alemania y a la regulación del escalonamiento de los pagos a los vencedores, teniendo los aliados garantía de esos abonos mediante la hipoteca de los ingresos del Estado (ferrocarriles, aduanas, etcétera). La *distensión* entre las potencias occidentales iría convirtiéndose cada vez más en una realidad. En concreto, entre Francia e Inglaterra se vio favorecida por la similitud política de sus gobernantes: el laborista Mc Donald en Londres y el radical Herriot en París, quien presidía un gobierno formado por radicales y socialistas.

El espíritu de Locarno

Además del cúmulo de circunstancias ya citadas, otro factor contribuirá a una progresiva mejora de las relaciones internacionales europeas. Al frente de los ministerios de Asuntos Exteriores se encontraban hombres que por su talento político favorecieron ese acercamiento. Fue el caso de Alemania, con Streseman al frente de su diplomacia, y de Francia que contaba con Briand.

Gustavo Streseman en Alemania, miembro del Reichstag (parlamento alemán) desde 1906, líder de los liberales nacionales en 1917, ardiente nacionalista en la

guerra y ministro de Asuntos Exteriores de 1923 a 1929, estaba a favor del cumplimiento de los tratados de paz.

Arístides Briand en Francia, sus primeras experiencias políticas fueron al lado de los socialistas; después de su ruptura con ellos, provocada por aceptar un ministerio en un gobierno radical, fue varias veces presidente de gobierno. En los años veinte se convirtió en uno de los principales portavoces de la política exterior francesa, defendiendo con entusiasmo la Sociedad de Naciones y el arbitraje internacional.

Fue directamente Alemania quien anunció su posible aceptación de los acuerdos de Versalles en cuanto a las fronteras occidentales. Con ello esperaba obtener una mejor disposición cuando llegase la hora de negociar las fronteras del este. Al mismo tiempo, confiaba en que Francia, aliviada por ese reconocimiento, relajaría sus contactos con el este europeo, encaminados a buscar aliados para contrarrestar un potencial conflicto franco-alemán. Francia recordaba su aislamiento internacional cuando intentó imponer por la fuerza los tratados y, sobre todo, era consciente de la necesidad de una política exterior acorde con sus disponibilidades financieras y económicas.

Por fin, en Locarno, en octubre de 1925, se hicieron realidad dichas expectativas. De ahí salieron una serie de tratados, el más importante, un acuerdo que confirmaba la inviolabilidad de las fronteras franco-alemanas y belga-alemanas. Para Alemania significaba perder definitivamente Alsacia y Lorena. La propuesta fue firmada por Alemania, Francia y Bélgica, y garantizada por Inglaterra e Italia. Además, se completaba con tratados de arbitraje entre Alemania y, respectivamente, Francia, Bélgica, Polonia y Checoslovaquia. Francia quedaba desatendida en la zona oriental, lo cual la llevó a firmar alianzas con Polonia y Checoslovaquia, vecinos, a la vez, de Alemania. Después de Locarno, se preveía que en el oeste europeo se habían eliminado las causas más importantes de los conflictos internacionales. Sin embargo, no sería así en el este. Francia llevó ahí inmediatamente una política de alianzas, además de con Polonia y Checoslovaquia, con Yugoslavia y Rumania. Tales pactos de alianza pronto entrarían en conflicto con otras naciones de la zona, que, a la vez, estaban ligadas a Italia, pues Mussolini pretendía extender sus ansias imperialistas por los Balcanes y Austria. Dos bloques se constituyeron entonces en la Europa oriental, dando lugar a posteriores fricciones.

Los intentos de seguridad colectiva

De 1925 a 1930 se vivió un intento por revitalizar el papel de la Sociedad de Naciones. Sin embargo, los proyectos de convertirla en un verdadero tribunal internacional fracasaron. La admisión de Alemania como miembro de la Comisión Permanente daría más fiabilidad a ese organismo.

La necesidad colectiva de reglamentar las relaciones internacionales originaría documentos como el pacto Briand-Kellog (este último jefe del Departamento de Estado norteamericano) en 1929, mediante el cual Francia y Estados Unidos declararon que la guerra estaba fuera de la ley. El pacto tenía, sobre todo, un valor simbólico pues una guerra entre Estados Unidos y Francia no era previsible. Hasta 1929 lo habían firmado, adhiriéndose a él, más de 60 naciones. Entre los firmantes se encontraban —evidentemente— todos los países que tomarían parte en los conflictos bélicos durante los 15 años posteriores. Sin embargo, Briand, todavía en 1929, seguía defendiendo fervorosamente la idea de una unión europea de Estados. En un célebre discurso ante la Sociedad de Naciones declaró su proyecto, que por entonces ya no sería bien recibido.

Durante toda esa época la Unión Soviética representaba un problema latente en las relaciones internacionales europeas. Con los años se demostró que la Revolución Soviética no había generado un sistema provisional. El resto de los gobiernos europeos, pese a sus temores de que la revolución fuera exportada, no podía menospreciar las posibilidades comerciales en una nación tan grande. Inglaterra fue la primera en entablar negociaciones con ella, seguida del resto de los países europeos. Estados Unidos no lo haría sino hasta años más tarde.

El otro gran problema europeo, Alemania, con la crisis mundial de 1929, iniciaría por el camino hacia el nazismo, y con él hacia un peligroso ultranacionalismo, que nuevamente pondría en peligro la paz mundial y conduciría a otro conflicto generalizado. Ya antes de las repercusiones de la crisis económica, se suspendió el escalonamiento del pago de las deudas, que tan cuidadosamente había sido fijado. Esto se agudizó en 1931. Y todos los países que tenían aún que devolver los préstamos de la guerra (Francia a Estados Unidos, por ejemplo) cesaron en sus pagos. Fue sólo el comienzo de la crisis.

1931-1939. El camino hacia otra guerra mundial

La agudización del problema alemán

Cuando Hitler llegó al poder, comenzó a poner en marcha lo que ya había escrito en *Mein Kampf*. Pretendía conseguir tres objetivos en forma inmediata: en primer lugar, desdeñar las cláusulas del Tratado de Versalles en cuanto a la desmilitarización de Alemania; en segundo lugar, buscar la unión, en una sola nación, de todos los germanoparlantes y, por último, lanzarse a la conquista de un “espacio vital”.

Una de las características de los proyectos hitlerianos sería la rapidez y exactitud, costara lo que costara, en el cumplimiento de sus planes. Para conseguir el primero de sus objetivos, es decir, el rearme alemán, pronto encontró una excusa. Recordando una antigua idea de la Sociedad de Naciones, se convocó a una conferencia internacional sobre el desarme en Ginebra (octubre de 1933). Las proposiciones de los distintos países fueron desechadas una a una, ya que a todas se les encontraba inconvenientes. En tal situación, Alemania prefirió no sujetarse a las posibles normas que regularan su ejército y su armamento, y abandonó la conferencia y, más tarde, también la Sociedad de Naciones. La salida alemana fue una excusa que marcaría el fin de los propósitos idealistas: cada país, con Alemania a la cabeza, emprendió su propio rearme. Hay que recordar que para algunas naciones, entre ellas Alemania, el rearme era una solución a su situación económica.

El segundo objetivo, unir en una misma nación a todos los habitantes de lengua alemana, fue buscado también con gran prontitud. Una de las ideas fijas de los nazis sería realizar el *anschluss*, es decir, la unificación de Austria y Alemania. Desde la desintegración del imperio austro-húngaro en 1918, diversos sectores de alemanes, especialmente en Tirol, intentaron la unificación. Los métodos empleados en junio de 1939 para conseguirlo fueron típicamente nazis. En Austria había un pequeño partido nazi que deseaba la unificación y, ayudados por el *Tercer Reich*, en un verdadero golpe de mano, ocuparon la radio vienesa e hirieron mortalmente a Dollfuss, jefe del gobierno, a pesar de la similitud política de los dos regímenes, si bien la dictadura en Austria no tenía exactamente los mismos ribetes que el nazismo. Un golpe tan extremadamente audaz no fracasó sólo por la rápida reacción del gobierno austriaco, sino, sobre todo, por la postura de Mussolini, quien colocó algunas divisiones en la frontera italo-austriaca. Los futuros componentes del famoso “Eje Roma-Berlín” todavía no se repartían sus zonas de influencia y, en el caso de Austria, se encontrarían con intereses incompatibles.

El resto de los países europeos comenzaron algunas tentativas diplomáticas para salvaguardar el Tratado de Versalles e intentar contener el expansionismo alemán. En abril de 1935, en Stresa se reunieron Francia, Inglaterra e Italia, para garantizar la integridad del territorio austriaco. A este pacto hay que añadir el que Francia había firmado con la Unión Soviética y ésta con Checoslovaquia, garantizándose asistencia mutua en caso de agresión. Parecía que Alemania se encontraba envuelta en una especie de red que, al parecer, impediría a Hitler llevar a cabo sus propósitos.

Expansionismo de Italia y Alemania

Es precisamente este rosario de pactos alrededor de Alemania, y en especial el pacto franco-soviético, la excusa que tomó Hitler para opinar que el “espíritu de Locarno” no estaba ya en

vigor; por lo tanto, se podría ir contra él. Entonces se preparó a violar la zona desmilitarizada de Renania y a hacer que entraran ahí sus tropas.

Hay que recordar que el Tratado de Versalles estableció que la orilla izquierda del Rin y una amplia zona de la derecha (50 km) debían estar desmilitarizadas.

Esta acción se realizaría en mayo de 1936, colocando a Francia en una posición delicada. El gobierno francés tenía previstas elecciones legislativas, por lo que decretar una movilización general, que era lo que los militares franceses creían necesario, resultaba profundamente anti-popular. Francia, de hecho, aceptó el reto alemán, favorecida, además, por la oposición de los gobernantes ingleses, que no consideraban que esta acción supusiera ninguna declaración de hostilidades. Las democracias demostraron que no sabían valorar lo que suponía el expansionismo alemán y que creían que una serie de concesiones “menores” servirían para aplacar su sed de venganza. Desde luego, el frente de Stresa, ideado hacía un año, había perdido todo su sentido; también la Sociedad de Naciones se mostró impotente ante los intentos expansionistas italianos.

Puesto que Mussolini había limitado la emigración hacia las zonas europeas, Italia se encontraba con mano de obra excedente que difícilmente tendría acceso a un puesto de trabajo. Tales condiciones, además de las propiamente ideológicas del fascismo, le empujaban a la expansión.

El fracaso de intentos anteriores, como el de Crispi en 1896, que intentó dotar a Italia de un imperio colonial al invadir Etiopía, junto a la consideración de que esta nación era casi la única que quedaba en África sin dominio europeo, acabó por decidir a Mussolini. Tras la provocación de un incidente fronterizo, comenzó la invasión en octubre de 1935. Después de una difícil faceta militar, en enero de 1936 las tropas italianas llegaron a la capital. El rey de Italia entonces fue proclamado emperador de Etiopía.

Las potencias europeas se mostraron impotentes ante el expansionismo italiano. La Sociedad de Naciones censuró “formalmente” la acción, aunque las medidas que tomó (prohibición del comercio y del aprovisionamiento de productos energéticos, por ejemplo) no se llevaron a la práctica con todas sus consecuencias. En última instancia, Francia e Inglaterra intentaron repartirse, con Italia, el botín etiope; sin embargo su plan fracasó. El único aviso a Mussolini fue una espectacular concentración de la flota inglesa en el Mediterráneo. El camino que las potencias tomaron (ceder ante los expansionismos para evitar otro conflicto) quedó de manifiesto, de forma más clara, ante la Guerra Civil Española.

La Guerra Civil Española: ceden las democracias

El problema en España era el de un gobierno de Frente Popular legítimamente surgido de las urnas, contra el que se sublevó una fracción importante del ejército. Los generales rebeldes no contaron con que la resistencia del pueblo español, y lo que concibieron como un rápido golpe de mano, se convertiría en una guerra civil de tres años.

Las democracias europeas mantuvieron a toda costa su propósito de no enturbiar las relaciones internacionales. Por esta causa, León Blum, quien presidía un gobierno de Frente Popular con las mismas raíces sociales que el español, propuso, en agosto de 1936, el famoso *acuerdo de no intervención* que marcaría toda la política europea en relación con la guerra española. Es de sobra conocido que dicho acuerdo, firmado por 25 países, sólo fue seguido a rajatabla por las democracias europeas, que ni siquiera consintieron en vender armas al legítimo gobierno republicano, que las pagaba como en cualquier intercambio comercial. Italia y Alemania no sólo enviaron gran cantidad de armamento, sino también hombres para apoyar el levantamiento militar. “El rearme alemán había empezado hacía poco, y para Hitler, España sería un campo de batalla ideal para la investigación y puesta en funcionamiento del material bélico, especialmente la aviación. A este respecto hay que recordar la famosa ‘Legión Cóndor’ que destruyó la ciudad de Guernica”.

El apoyo de Italia y Alemania no sólo se hizo realidad gracias a las similitudes ideológicas de nazis y fascistas con los generales sublevados; Italia estaba interesada en las Baleares y Alemania, además de desear probar sus nuevas armas, tenía necesidad de una serie de mate-

rias primas que podía encontrar ahí, y sobre todo, tenía conciencia de la excelente situación estratégica de la península.

De cara a las relaciones internacionales, la guerra de España fue lo que propiciaría definitivamente el Eje Roma-Berlín.

La Unión Soviética fue la única nación que apoyó al legítimo gobierno republicano español. Envió material de guerra e instructores y contribuyó a organizar las brigadas internacionales, compuestas por antifascistas de todos los países que, si bien no aportaron una fuerza material esencial para el desarrollo de la contienda, sí dejaron claro que había hombres de ideas democráticas que comprendieron lo que en España se estaba jugando.

Hitler en la recta final

El acuerdo italo-alemán estableció claramente las zonas de influencia respectivas: Italia se extendería hacia el Mediterráneo, y Alemania, hacia centro-Europa.

Así quedaban eliminados los problemas con Mussolini que había generado la anexión de Austria. Ahora el *anschluss* tenía el camino abierto. Hitler lanzó una amenaza, en una entrevista con el canciller austriaco Schuschnigg, y colocó sus tropas en la frontera. En un último intento de resistencia, el gobierno austriaco planteó la decisión de un plebiscito. Hitler exigió la destitución del canciller, quien fue sustituido por el nazi Seyss-Inquart. Cuando las tropas alemanas atravesaron la frontera austriaca, las democracias europeas sólo protestaron débilmente.

Checoslovaquia y el llamado problema sudete fueron el penúltimo paso que Hitler dio. Checoslovaquia había sido, desde su constitución, un mosaico de pueblos diversos. Entre ellos se encontraban los sudetes, alemanes establecidos ahí desde la Edad Media. Tras Versalles perdieron la descentralización administrativa de que gozaban. Hasta 1935 el problema no había sido agudo; sin embargo, los nazis alentaron un partido que se inclinaba por la integración a Alemania.

En uno de sus discursos Hitler anunció la necesidad de la anexión. Praga entonces movilizó a sus diplomáticos y alertó a sus aliados. Gran Bretaña explicó que no entraría en guerra para salvar a los checos y mandó una misión para estudiar el problema. Hacía tiempo que el gobierno inglés pensaba que Hitler tenía razón al revisar el Tratado de Versalles. Francia hubiera deseado acudir a favorecer a sus aliados, pero su escaso poderío militar se lo impedía. Para llegar a Checoslovaquia la Unión Soviética tenía que atravesar Polonia o Rumania, donde había gobiernos anticomunistas. Cuando el conflicto parecía inminente, Hitler convocó a una conferencia en Munich. En ella Francia e Inglaterra, buscando salvar la paz, accedieron en última instancia a que Hitler se anexara el territorio sudete con ciertas garantías para los checos que poblaban el territorio.

El acuerdo de Munich ratificó que Hitler podría hacer lo que le viniera en gana, sin que ninguna de las potencias lo impidiera. Munich, más que un freno para la guerra, era una invitación a ella.

El renacimiento del Oriente

Japón

Después de su triunfo junto con los aliados en la Primera Guerra Mundial (y de la que obtuvo las islas Marshall, las Carolinas, las Marianas y Palau), Japón se había convertido en una potencia que preocupaba a Estados Unidos.

Al ser la marina el instrumento colonialista más importante de la época en la Conferencia de Washington de 1922, se fijaron los coeficientes que debía registrar cada país, siéndoles concedido el máximo a Inglaterra y a Estados Unidos,

seguidos por Japón. A pesar de esto, Washington seguía temiendo a la armada, ya que ésta sólo operaba en el Pacífico y el resto de los países la tenían repartida entre sus colonias.

La prosperidad económica nipona fue creciente. Las zonas urbanas cobraban importancia y ciudades como Tokio, con influencia occidental, se llenaba de oficinas, estadios, avenidas y escuelas. Las ciudades se comunicaban entre sí a través del ferrocarril, lo cual hacía más evidente la diferencia entre campo y ciudad.

No obstante, su bonanza en el primer cuarto de siglo era superficial (poco rendimiento en la agricultura, reducción del comercio exterior, producción meramente artesanal) y la crisis de 1929 le afectó severamente (quiebra de bancos, disminución del 50 por ciento en la producción de seda y arroz), dejando al descubierto su atraso tecnológico. Los hombres de empresa se encontraron ante el dilema de continuar con la producción artesanal o aceptar las expectativas de la industrialización moderna, aunque fueran dependientes de fuentes de materias primas y de mercados del exterior.

Esa situación económica grave, aunada al fracaso de la democracia en Occidente, hizo que Japón viera en el fascismo una esperanza de desarrollo y posibilitó el triunfo político de militares ultranacionalistas.

Las guerras extranjeras y los adoctrinamientos ayudaron a los militares a controlar la situación y a llevar al país hacia el totalitarismo. Fueron apoyados por las sociedades nacionalistas representantes de la voluntad imperial, quienes se les aliaron porque veían en ellos a gente académica y militarmente preparada, a diferencia de los ricos políticos e industriales, menos confiables ante los ojos del pueblo. También los campesinos los veían con orgullo por sus hazañas y su muerte en combate. Otro factor decisivo para lograr el apoyo del campesinado fue que los militares conocían sus carencias porque cuando terminaban su servicio activo trabajaban en la agricultura.

A causa de la sobrepoblación de las islas y de su necesidad territorial, Japón vio la posibilidad de expansión en Manchuria, en China, pues este país contaba con campos fértiles, minerales abundantes, bosques extensos (materia prima), industria escasa y una cantidad inmensa de habitantes sin recursos ni capacidad para explotar productivamente (fuerza de trabajo barata, mercado). Un supuesto y dudoso sabotaje en la línea de ferrocarril japonés en esa región sirvió de pretexto a la invasión. Crearon un nuevo Estado, el "Manchukuo" y lo convirtieron en protectorado.

En 1936 firmó el pacto antibolchevique con Alemania, al que se unió Italia, con lo cual se formó el Eje Berlín-Roma-Tokio. Se estrechaban así las políticas dictatoriales de Asia y de Europa. En 1937 invadieron la China del norte y llegaron a Nankin, derrotando al general nacionalista Chiang Kai Chek. (Años más tarde comenzó la reconquista que acabaría en guerra civil, donde los japoneses serían vencidos, en 1945, a manos de las tropas nacionalistas dirigidas por Mao Tse Tung).

El triunfo militar otorgó al ejército el control de la política exterior. El gobierno civil se hizo a un lado. El totalitarismo se volvió en la única alternativa: se controló y centralizó la economía, la política y los medios de información, al mismo tiempo se establecieron sistemas de adoctrinamiento masivo. El poder militar era total y se considera a sí mismo el libertador de la represión occidental en Asia.

Japón unido ya a Italia y a Alemania, e influenciado por el militarismo totalitario, atacó la flota naval norteamericana anclada en Pearl Harbor (Hawái), en 1941. Hundieron también navíos ingleses, invadieron Singapur, la India oriental y las islas del norte de Australia: parecía que nada los detendría. (Sin embargo, la superioridad económica y militar de Estados Unidos se impondría cuando, en 1945, destruyó, con bombas nucleares, las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. El emperador Hiroito ordenó la rendición incondicional, terminando con el poder militar japonés y abriendo las puertas al expansionismo económico norteamericano).

China

Las potencias europeas aprovecharon la debilidad de China en el siglo XIX —que por su aislamiento quedó al margen de los avances tecnológicos occidentales— para obtener amplias

concesiones, sobre todo, comerciales: cesión de Hong Kong como base naval y comercial, apertura de los puertos Fuchau, Cantón y Shanghai. La presión ejercida por Francia, Inglaterra, Rusia, Estados Unidos y Japón que afectaba su soberanía hizo ver a los chinos la necesidad de renovar su organización militar y administrativa. En 1912 Sun Yat Sen proclamó la república en Nankín, obtuvo la abdicación del emperador (de la dinastía Manchú) y fue electo presidente de una república inspirada en modelos occidentales. El Partido Nacionalista o Kuomintang formó un frente común con el Partido Comunista, hasta 1927 en que Chiang Kai Chek (sucesor de Yat Sen tras su muerte) se convirtió en defensor de los terratenientes e intereses extranjeros, e inició un régimen represivo contra los comunistas, a quienes expulsó del gobierno. Los comunistas se organizaron en guerrillas bajo la dirección de Mao Tse Tung.

Oleadas de terror se dejan sentir, sobre todo en las zonas rurales. Se asesinó alrededor de 3 millones de chinos entre 1927 y 1937. Chiang Kai Chek controla el país apoyado por los ricos que monopolizaban las fuerzas productivas y sus familiares encargados del control moderno de la producción, la diplomacia, las tarifas aduanales, etcétera, y acepta la intervención de intereses económicos de Estados Unidos en la siderurgia, transportes y fletes marítimos.

Después de Pearl Harbor (1941) China declaró la guerra al Eje Berlín-Roma-Tokio.

A partir de 1945, el Kuomintang contaría con el apoyo estadounidense. En diciembre de 1948 el gobierno del Kuomintang huyó a Formosa, creando la China Nacionalista, nación favorecida por Estados Unidos, y emprendió otra guerra civil contra los comunistas. Durante este periodo el Partido Comunista y su dirigente, Mao Tse Tung, con ayuda del ejército popular, liberaron amplias zonas de territorio, donde se iba llevando a cabo la reforma agraria e instalando formas de poder popular bajo la dirección de los comunistas. Mao llevó más allá la clásica concepción marxista de una revolución dirigida y realizada por el proletariado urbano, revalorizando el papel del campesinado como aliado crucial de la revolución. Esto supuso una aportación sobre las posibilidades revolucionarias de los países subdesarrollados, con una importantísima base campesina.

El 1 de octubre de 1949, en el Palacio Ming, Mao Tse Tung proclamó la fundación de la República Popular China.

Su objetivo era construir una sociedad, una economía, una cultura, una política y un Estado nuevos, es decir, transformar a la China ignorante y atrasada en una China culta y avanzada, políticamente libre y económicamente próspera.

Lecturas sugeridas

BLANCO, L., *Asia contemporánea*, México, Siglo XXI, 1985.

CARBÓ, Proudhón y Yanga Sácriba, *Autobiografía de un libertario*, México, Plaza y Valdés, 1991.

HEMINGWAY, Ernest, *¿Por quién doblan las campanas?*, Madrid, Planeta, 1990.

HITLER, Adolfo, *Mi lucha*, México, Herrerías, 1941.

KRIPPENDORFF, Ellehart, *El sistema internacional como historia. Introducción a las relaciones internacionales*, México, FCE, 1993.





¡Eureka!

Una revista feminista que empezó a publicarse en 1937 decía: Los cuidados de la belleza, el maquillaje, el rojo de los labios, han dejado de ser patrimonio exclusivo de las coquetas y de las mujeres de la vida fácil; a partir de ahora se considera honesto realzar los propios encantos. Con esta invitación, las mujeres se adelantaron a la sociedad de consumo, lo que dio lugar a la explosión publicitaria de L'Oréal, con el lanzamiento de Ambre Solais, en 1937, de los champús en 1950, así como la fabricación de lencería, corsetería, agua mineral y productos de belleza.

Actividades



1. ¿Cuáles fueron las funciones de la Sociedad de Naciones y por qué ésta obtuvo resultados negativos?

2. Eres un periodista que cubre la Guerra Civil Española. Escribe un reportaje sobre tal suceso histórico.

3. Analiza las medidas que tomó Mao Tse Tung en China para desarrollar la cultura y la economía.
